

1901

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940

HEMEROTECA
MUNICIPAL



MADRID



EL QUIJOTE DE LOS CHICOS

REVISTA QUINCENAL DEDICADA A LA INFANCIA

Redacción y Administración: Pontejos, 7

Un año.....	3	pesetas.
Semestre.....	1,50	id.
Trimestre.....	1	id.

Número suelto.	0,15	pesetas.
Idem atrasado..	0,25	id.

La navegación aérea.

Somos ya dueños de la tierra y del mar; cruzamos aquella arrastrados por poderosas locomotoras y con una velocidad que llega hasta la vertiginosa de 180 kilómetros por hora. Magníficos trasatlánticos nos llevan desde Santander á Buenos Aires en un mes, pero todavía no hemos logrado dominar el aire. ¿Llegaremos á cruzar la atmósfera como cruzamos los mares? Casi con seguridad puede responderse afirmativamente. Desde el siglo XVIII en que los hermanos Montgolfier idearon y elevaron el primer globo, hasta la fecha, son innumerables los adelantos realizados y muchísimas las ascensiones, algunas de las cuales costaron la vida á los sabios que las intentaron.

Últimamente, en Francia, un joven brasileño llamado Santos Dumont ha hecho magníficas experiencias, de las cuales, la última, ha puesto en grave riesgo su existencia.

Mas no por eso ha desistido de

su generoso empeño, y muy pronto la repetirá.

Como el asunto es interesante, pues quizá vosotros los que ahora sois niños estáis llamados á viajar en globo, voy á tratar de describiros el de Santos Dumont:

Sabed, pues, que tiene la forma de un enorme cigarro puro.

Su longitud es de 34 metros, y su volumen de 560 metros cúbicos.

Se llena con hidrógeno, que es un gas unas catorce veces más ligero que el aire.

En la parte inferior se encuentra una especie de canoa de madera unida al globo por medio de ligeros cables de acero. En el centro va el motor con una fuerza de 16 caballos de vapor, lo que equivale á la de 32 caballos de sangre ó *de carne*, como soléis decir vosotros los muchachos. Este motor sirve para hacer girar una hélice de dos paletas.

Entre el motor y la hélice se coloca el aereonauta, es decir, el hombre que ha de dirigir la máquina.

El motor se pone en movimiento

en un principio por medio de unos pedales como en una bicicleta, después funciona solo.

Lleva también el globo una especie de timón de forma triangular, hecho lo mismo que la hélice de tela encerada, fuertemente adherida á cañas de bambú.

Por medio de una rueda mueve el aereonauta el timón.

Para terminar, os diré que Santos Dumont es rico, y que sólo por amor á la Ciencia trabaja y expone su vida.

Ya os diré si en su nueva ascensión logra ejecutar lo que se ha propuesto.

La Reina de los peces.

(CONTINUACIÓN)

Dió tres golpes en la ferrada puerta con su maza, y momentos después vió por entre las rendijas de la puerta los resplandores de una luz.

Rechinó una cerradura y se presentó ante él un hombre de unos cincuenta años, que parecía por su traje y aspecto un servidor de los dueños del castillo.

—Perdonadme — dijo el Príncipe — si vengo á molestaros. Me he alejado de mi castillo y separado de mis compañeros de caza, y la

tempestad me obliga á pedirlos asiló por un momento.

—Entrad, señor; la casa del Conde Alberto abre siempre sus puertas al que pide hospitalidad. Aguardad un momento y el Conde mismo vendrá á repetiros el ofrecimiento que por él os hago.

Encendió el discreto y hospitalario servidor una lámpara que sobre una mesa había, ofreció un asiento al Príncipe y salió.

Transcurrieron algunos momentos y volvió el criado acompañando á un anciano venerable que se apoyaba en el hombro de una preciosa niña. Aquel grupo recordó al Príncipe la casi derruida torre y la torrecilla que formaban el edificio en el cual se hallaba.

Púsose en pie movido por el respeto, y por un instante quedóse sin poder hablar, examinando la hermosa y blanca cabeza del anciano y la delicada y rubia de la niña.

Era el anciano de estatura tan extremada que, á pesar de la inclinación que á su cuerpo habían dado ochenta años de vida, aún dominaba con su vista á Otón. Sus ojos eran azules, claros, serenos é inmóviles, larga y blanca la barba, noble y severo su aspecto, é indicando en toda su persona haber tenido una vigorosa organización.

Formando extraño contraste con el anciano, era la joven pequeña de

estatura, de color pálida, de oro el cabello, labios delgados y no de grana, sino de rosa, delicada de cuerpo, ojos rasgadísimos y negros daban vida á aquel rostro tan suave, fino é ideal, que cualquiera hubiera dicho que respiraba pétalos de violeta y se alimentaba de suspirillos de mariposa.

—Venís á guareceros de la tempestad, según me ha dicho mi servidor, ¿no es así?—dijo el anciano.

—Así es, señor.

—Figuraos que esta casa es vuestra. No pregunto quién sois, ni adónde vais ni de dónde venís; sólo sé que necesitáis de mí, y esto basta para que os ofrezca cuanto pueda daros. Disponed cuanto se os antoje; estáis en casa del Conde Alberto, quien, viejo y ciego y pobre, aún puede daros lo que quizás muchos no os dieran, un techo honrado que os cobije, blancos manteles y bien condimentados manjares, y las manos de mi nieta que os sirvan. Ved si en otra parte halláis más y mejor.

—No necesito tanto, señor—replicó el Príncipe—; dejadme sólo que os respete y bese las manos de vuestra hermosa nieta, que no nacieron para servir, sino para ser servidas.

—Si mis ojos tuvieran luz—dijo el anciano—sabría conocer en vuestro rostro si los sentimientos de

vuestra alma corresponden con esas palabras, pero mis ojos se extinguieron con el tiempo. Hoy veo con los de mi nieta, y si ella me dice que no mentís os abriré mis brazos, besaréis su mano y no seréis un extraño para mí. Lucila, hija mía, da á mis ojos algo de la luz que á los tuyos sobra.

—Padre, abrid los brazos á quien os los pide. Señor, esta es mi mano—dijo Lucila con voz fina y suavísima como hilillo de perlas que cayera sobre cristalino plato. Y al decir esto, alargó la mano al Príncipe, quien la besó con el mismo respeto con que hubiera besado la de la Santísima Virgen.

Cesó en aquel momento la tempestad, y un rayo de la blanca luna penetró por la ventana, queriendo sin duda admirar el hermoso cuadro que formaban el venerable anciano en pie y con los brazos abiertos, á su lado la joven extendiendo su mano, el Príncipe inclinado y rozando ligeramente con sus labios aquella mano, y en segundo término el fiel servidor, inmóvil y grave como la estatua de la quietud y el respeto. Estrechó el Conde entre sus brazos á Otón, y aquel abrazo selló una firme amistad entre los personajes de esta escena.

(Se continuará.)



Manuel Fernández Caballero.

Los pueblos que aman la música son pueblos cultos. Ejerce la música una gran influencia educativa. ¿No habéis notado lo fácilmente que aprendéis las cosas cuando os las enseñan con música y qué grabadas se quedan en la memoria? ¿No habéis notado también que no hay nada que distraiga y descansa la imaginación fatigada como cantar y oír cantar?

¡Cuánto divierte á los niños cantar en el coro! Y cuánto habéis gozado los domingos por la tarde cuando vuestros papás os han lle-

vado al teatro y habéis visto *Los sobrinos del capitán Grant*, ó *La viejecita* ó *Gigantes y cabezudos*.

Y luego con qué placer habéis entonado en vuestras casas aquello de «Viejecita que vas al sarao», ó aquello otro de «Por ver á la Pilarica, vengo de Calatorao» pues bien, esos placeres se los debéis á D. Manuel Fernández Caballero, músico eminente, autor de esas obras, cuyo retrato publicamos para que conozcáis á quien debéis tantos goces honestos.

EL BOTÓN DE AQUILES

La lucha era formidable, de todos los días, de todos los momentos.

Los luchadores, dos temibles chucuelos de siete á ocho años, y la causa de su pelea, el noble deseo de ocupar el primer puesto en las clases.

Valerio y Aquiles llamábanse los gladiadores. Era el primero un zagaliño robusto, vigoroso, de grandes ojos azules, de esos cuyas miradas parecen penetrar hasta lo más hon-do é íntimo, que ven lo pasado y adivinan lo porvenir, de frente ancha y con esas protuberancias que son signo de voluntad enérgica.

Aquiles era delgadillo, nervioso, quebrado de color, de cabello negro y envedijado, de imaginación viva y de facilísima comprensión.

A pesar de la contienda que con nobleza sostenían, uníales una buena amistad. Aquiles vencía siempre en las clases, ocupaba en ellas el número uno y nunca Valerio lo gró arrebatárselo.

En las horas de recreo la victoria era de Valerio, quien más fornido, vencía á su amigo en destreza y agilidad.

Mas no era éste el premio soñado por él. Ocupar un solo día, sólo por un instante el primer puesto en las aulas, por lograrlo hubiera dado

su constitución robusta, sus fuerzas, su destreza.

¡Mas quién luchaba con aquel Aquiles invulnerable, que tenía el don de la presciencial

Apenas el profesor había explicado la pregunta, ya Aquiles le atajaba con la respuesta, justa, precisa y expuesta con claridad y elegancia admirables.

Algún tiempo hacía que Valerio venía observando que, cuando el profesor hacía alguna pregunta á su rival, llevábase éste la mano á los botones del chaleco y, con movimientos nerviosos, parecía contarlos, y cuando llegaba al último le daba dos ó tres vueltas, le brillaban los ojuelos y de su boca salía la respuesta, siempre acertada.

—Tiene la ciencia en el quinto botón de su chaleco — pensó Valerio.

Una tarde, durante las horas de recreo, jugaban los alumnos del colegio al escondite. Perseguida Valerio á Aquiles, le alcanzó, forcejeó éste por desasirse, y en la lucha Valerio, intencionadamente, le arrancó el último botón de su chaleco sin que Aquiles lo notase.

Llamaron en aquel instante á clase, acudieron á ella los muchachos y comenzó la lección.

El profesor dirigió una pregunta á Aquiles, llevóse éste la mano al chaleco, y al notar que le faltaba el

último botón adquirió su mano un movimiento convulsivo, se puso pálido y no supo responder.

—Otro—gritó el profesor.

Valerio dió la respuesta pedida y pasó á ser el número uno.

—Al terminar la clase se decía:

—No sé si he obrado bien, pero algún mérito tiene mi conducta, he descubierto que también este Aquiles era vulnerable.

Para terminar diré que lo que acabo de referir no es cuento. Según refiere un biógrafo de Walter Scott, este ilustre novelista inglés se valió de esta estratagema para vencer á un condiscípulo suyo.

La catedral de Colonia.

(CONTINUACIÓN)

—Yo he hecho muchas obras en mi vida, y en ellas viven prelados, reyes, emperadores.

Y al decir esto una extraña sonrisa se dibujó en sus labios delgados y lívidos, y añadió:

—Por supuesto, que ¿no tendréis la pretensión ridícula de ver terminada vuestra obra?

—Y ¿por qué no?—preguntó el arquitecto—. ¿Quién me impedirá terminar lo que he comenzado?

—La muerte—replicó el extranjero—, y probablemente el cansancio de vuestra voluntad.

—¡El cansancio! Tan seguro estoy de mi constancia, que me atrevería hasta á hacer una apuesta con el mismo diablo.

—Os cojo la palabra—dijo el caballero rojo soltando una carcajada.

—Antes de que terminéis la catedral me comprometo yo á hacer un canal desde Treves á Colonia, y en él nadarán cisnes y patos.

—Convenido—dijo el maestro Gerardo—; ¿y qué apostamos?

—El alma—gritó el caballero, y en el mismo momento sopló un violento huracán y arrebatado por él desapareció aquel extraño personaje.

Desde aquel día el pobre maestro Gerardo Ryle, que siempre había tenido un carácter alegre, se hizo taciturno y jamás la tristeza le abandonaba. Conoció que había hecho una apuesta con el diablo y que se hallaba en peligro de muerte, y lo que aún es peor, que había perdido su alma.

Todos los días desde el punto más alto de los andamios dirigía una mirada ansiosa en dirección á Treves, pero pasaba el tiempo y nada veía, ni observaba señal alguna que indicara la construcción del canal.

Una mañana nebulosa, al llegar el maestro Gerardo á su obra, vió con espanto al extranjero, quien le preguntó:

—¿Está ya terminada la iglesia? Me parece que todavía hay trabajo para muchos años.

—No lo está—replicó el arquitecto—, pero creo que está más adelantada que vuestro canal.

(Se continuará.)

JEROGLÍFICO

π K R lunes.

SOLUCIONES

Á la charada: Lisboa

Al jeroglífico: Sed buenos sobre todo.

LIBRERÍA ESCOLAR DE ANTONIO PEREZ

Calle de la Bolsa, núm. 9.—MADRID

Gran surtido en libros y material de enseñanza para Escuelas y Colegios, Objetos de escritorio.

PAGO AL CONTADO

GRAN FÁBRICA DE CALZADO DE LOS SUCESTORES DE AYLAGAS 18, BOLSA, 18

Calzado francés para señora, caballero y niños.

Venta por menor. 25 por 100 más barato que en las tiendas, Precio fijo

LOS VERDADEROS ESPECÍFICOS MIGNER

No se venden en Getafe ni en la calle de Jacometrezo, sino en las farmacias del Dr. Ferris, Orihuela (Alicante) y en la del Dr. Morales, San Vicente, 28, Madrid.

DISPONIBLE

EL SIFÓN HIGIÉNICO

Los inteligentes constructores de París, Durafort é Hijo, de acuerdo con los ilustrados fabricantes de esta corte señores Herranz, han ideado el

SIFÓN HIGIÉNICO, INTERIOR DE PORCELANA

con lo cual se evita la formación del carbonato de plomo, que perjudica á las excelentes condiciones del agua de Seltz. Además, los señores Herranz fabrican ésta con el bicarbonato de sosa químicamente puro, en vez de la creta ó mármol molido que suele usarse, y disponen de buenos y poderosos filtros.

En su acreditado establecimiento

ESPUMOSOS HERRANZ

Alcalá, 18, y Jardines, 26

se expende la mejor agua de Seltz que se conoce.